

09. The Siege of Veii

Introduction

Welcome back to *Blood and Marble: Learn Spanish with the History of Rome!*

In our story so far, we have seen how Rome survived civil unrest, political upheaval, and near disaster. It had struggled against external enemies and internal divisions alike. But despite these challenges, Rome had emerged stronger, more disciplined, and more ambitious than ever.

Still, it was not yet the dominant power of central Italy. It was a growing city-state, eager to expand, but surrounded by rivals who had no intention of stepping aside. If Rome wanted to keep growing, it had to fight for its future.

And in its path stood Veii.

For centuries, the wealthy Etruscan city had been both a rival and a threat. Its power challenged Rome's influence. Its strength blocked Rome's expansion. The two cities had clashed before, but never decisively. That was about to change. And this time, it would not settle for another uneasy truce or shifting border. This time, Rome would not leave until Veii was destroyed.

However, for Rome, this will be no easy conflict. A war that begins with the expectation of a swift, decisive Roman victory, will soon turn into a brutal, unprecedented, siege that will drag on for nearly a decade. It will test Rome's endurance like never before.

If you are new to the podcast, remember, don't worry if you can't follow every word. Enjoy the story, immerse yourself in the history, and you'll find your Spanish improving without even realising it.

Let's begin today's story at the end—deep underground, in a dark tunnel beneath the city of Veii, as Rome prepares to strike the final blow.

Opening

Oscuridad. Silencio. Solo el sonido de respiraciones agitadas y el goteo del agua sobre la piedra.

Debajo de la gran ciudad de Veyes, en un túnel estrecho y oscuro, un grupo de soldados romanos avanzaba lentamente. Habían pasado meses cavando, usando sus manos y herramientas para abrir un camino bajo las murallas de la ciudad. Ahora, estaban listos. La guerra había durado años, pero esa noche, todo terminaría.

Arriba, en las murallas, los soldados de Veyes no sospechaban nada. Creían que la batalla seguía afuera, donde los romanos intentaban derribar las puertas con fuerza y subir las murallas con escalas. Pero este ataque era una distracción. El verdadero peligro venía de abajo.

De repente, el primer soldado romano llegó al final del túnel. Tocó la piedra con su mano. Era el suelo del templo de Juno, el corazón sagrado de Veyes. Con un golpe fuerte, abrió un agujero y vio la luz.

La invasión había comenzado.

Por años, Roma había intentado conquistar Veyes sin éxito. Habían usado sus ejércitos, habían construido campamentos, habían rodeado la ciudad. Pero Veyes resistía. Hasta que los romanos cambiaron su estrategia. Hasta que decidieron hacer algo completamente nuevo.

¿Cómo una ciudad que había resistido durante tanto tiempo cayó en un solo día? ¿Cómo Roma, una república todavía joven y con conflictos internos, logró mantener un asedio de casi diez años? ¿Y cómo esta guerra cambió para siempre la manera en que Roma hacía la guerra?

Hoy, contamos la historia de la conquista de Veyes. El día en que Roma dejó de ser solo una ciudad y comenzó su camino hacia el dominio de toda Italia.

Dos ciudades, un destino

Roma y Veyes. Dos ciudades separadas por solo diez millas, pero unidas por una historia de conflicto.

Las dos ciudades estaban frente a frente, en lados opuestos del río Tíber. Roma, en la orilla oriental. Veyes, en la occidental. Entre ellas, pasaban rutas comerciales clave y puentes naturales sobre el río, esenciales para el control del comercio y los movimientos militares. Quien dominara el Tíber, domina la región.

Pero el conflicto entre Roma y Veyes no era nuevo. Durante generaciones, habían chocado en pequeñas guerras y enfrentamientos por tierras. A veces, Roma ganaba terreno; otras veces, los etruscos lo recuperaban. Las fronteras entre las dos ciudades eran inestables, siempre en disputa.

Veyes no era cualquier enemigo. Era la ciudad más poderosa de la civilización etrusca. Más grande y más rica que Roma, con templos majestuosos y murallas imponentes. Su influencia no solo era militar, sino también cultural. Los romanos habían aprendido mucho de los etruscos: la arquitectura, el arte y las ceremonias religiosas.

Pero esta guerra no era solo por prestigio o venganza. Era una cuestión de supervivencia.

Roma estaba creciendo. Su población aumentaba y necesitaba más tierras para cultivar, más recursos para alimentar a sus ciudadanos y más espacio para expandirse. Al norte, las fértiles tierras de Etruria ofrecían riqueza y oportunidades. Pero había un problema: Veyes estaba en el camino.

Roma no podía seguir creciendo sin eliminar este obstáculo.

La última tregua entre Roma y Veyes había expirado. Durante veinte años, las dos ciudades habían mantenido una paz frágil, pero ahora los etruscos habían vuelto a atacar. Sus guerreros cruzaban la frontera, saqueaban pueblos y robaban cosechas.

Roma había tenido suficiente. Esta vez, no quería solo detener las incursiones y firmar un nuevo tratado. Quería más. Quería conquistar Veyes, absorber su territorio y destruir para siempre a su mayor rival. Era una decisión sin precedentes: nunca antes Roma había intentado tomar una ciudad tan grande y poderosa.

El Senado recomendó la guerra. Se reclutó un ejército de ciudadanos, se reunieron provisiones y se eligieron seis tribunos militares con poder consular. No dos, como era costumbre, sino seis. Era una señal de que esta guerra sería diferente, más grande y más difícil que cualquier otra antes.

Cuando llegó el momento adecuado, los soldados estaban listos y los dioses eran propicios. Roma marchó hacia Veyes, convencida de que, con un ataque fuerte y la voluntad divina, la ciudad finalmente caería.

Pero la realidad sería muy distinta. Lo que debía ser una campaña dura pero rápida se convirtió en un conflicto largo y brutal, una guerra que duraría casi diez años.

Una guerra de asedio

Desde el inicio, Roma usó las mismas tácticas que siempre utilizaba. Cada primavera, después de trabajar en los campos y plantar las semillas, el ejército romano marchaba hacia Veyes. Como en otras campañas, atacaban los campos y quemaban las cosechas, enviaban soldados para saquear aldeas cercanas y trataban de atraer a los veyenses a una batalla en campo abierto. Pero los veyenses no salían.

Veyes no era una ciudad fácil de conquistar. Estaba construida sobre una colina alta, con murallas fuertes que la hacían casi impenetrable. Desde esa posición elevada, sus defensores podían ver todos los movimientos del enemigo y lanzar proyectiles contra los romanos antes de que llegaran a las puertas. No necesitaban luchar fuera de sus muros, solo resistir.

Los romanos intentaron de todo para conquistar la ciudad.

Construyeron campamentos temporales cerca de la ciudad, bloquearon caminos y trataron de cortar los suministros de Veyes, es decir, la comida y las cosas necesarias para la ciudad. Usaron escalas para intentar subir las murallas. También utilizaron arietes, grandes y pesados troncos de madera, para golpear las paredes e intentar derribarlas. Pero, nada funcionaba. La ciudad resistía, y cada intento de asalto terminaba con grandes pérdidas para los romanos.

Además, el tiempo estaba en contra de Roma. En esa época, el ejército romano no era profesional. Como estaba formado por campesinos-soldados, los ciudadanos debían regresar a casa cada otoño para cosechar y mantener a sus familias. Así que cuando

llegaba el frío, el ejército se retiraba. Cada año, los romanos regresaban a Roma, y cada año, los veyenses reconstruían sus defensas, almacenaban más provisiones y esperaban el próximo ataque.

Este ciclo se repitió varias veces. Los romanos volvían en primavera, atacaban, intentaban bloquear la ciudad, y después se marchaban. Veyes resistía, Roma insistía, pero nada cambiaba.

Después de dos años de guerra sin resultados, Roma finalmente comprendió la verdad: Veyes no caería con una simple campaña militar. Si querían ganar, tendrían que cambiar su estrategia.

Una guerra en el invierno

Esta vez, los soldados romanos no volvieron a casa en otoño. Roma tomó una decisión sin precedentes: para conquistar Veyes, el ejército debía quedarse todo el año. No habría descanso, no habría retirada.

Pero quedarse en invierno no era fácil. Primero, los soldados tenían que construir refugios más fuertes. Sus tiendas de campaña no eran suficientes para soportar el frío y la lluvia. Así que usaron madera para construir casas más resistentes. También cavaron canales para evitar que el agua inundara el campamento.

Otro problema era la comida. Durante el invierno, los campos estaban vacíos, y los soldados no podían vivir solo de lo que encontraban en la zona. Roma tuvo que organizar un sistema especial para llevar provisiones hasta el campamento. Se construyeron almacenes para guardar trigo, aceite y vino, asegurando que el ejército tuviera suficiente comida durante los meses más duros.

Sin embargo, el mayor desafío no era el frío ni la comida, sino los propios soldados. Hasta ahora, la guerra había seguido un ritmo fijo: luchar en primavera y verano, volver a casa en otoño. Pero ahora, los hombres no podían regresar a sus tierras. Sus familias y granjas quedaban solas. Esto generó preocupación y descontento.

Para resolverlo, Roma hizo algo nunca antes visto: empezó a pagar un sueldo a los soldados. Este pago, llamado *stipendium*, compensaba a los ciudadanos-soldados por el tiempo lejos de sus tierras. Para financiarlo, el Senado creó un nuevo impuesto que los ciudadanos más ricos debían pagar.

Al principio, hubo protestas. Muchos soldados temían por sus familias. Algunos senadores se oponían a la idea de un ejército pagado. Incluso había quienes decían que luchar en invierno iba contra la voluntad de los dioses.

Pero poco a poco, todo cambió. Los soldados se adaptaron a la vida en el campamento. Mejoraron sus refugios, crearon turnos de guardia más organizados y entrenaron juntos durante los meses de frío. Vivir y luchar lado a lado fortaleció su disciplina y su lealtad.

Y lo más importante: Veyes ya no tenía respiro. Sin la pausa del invierno, la ciudad no podía reconstruir sus defensas ni reunir nuevas fuerzas. El asedio era constante. Día y noche, los romanos estaban allí. Observaban, aprendían, esperaban el momento perfecto para atacar.

Con este invierno, Roma no solo cambió el curso de la guerra contra Veyes. También cambió su manera de hacer la guerra para siempre.

Un asedio sin fin

Los romanos tomaron una decisión radical: quedarse en invierno y mantener la presión sobre Veyes. Pero la ciudad seguía en pie. Año tras año, la guerra continuaba, y lo que al principio había parecido una estrategia decisiva, pronto se convirtió en un conflicto largo y difícil.

Veyes no estaba sola. Viendo que los romanos no se retiraban, otras ciudades etruscas comenzaron a reaccionar. Capena y Falerii, dos poderosos aliados de Veyes, decidieron intervenir. Sus ejércitos atacaban los campamentos romanos desde el exterior, mientras los veyenses seguían resistiendo dentro de sus murallas. Ahora, Roma no solo tenía que mantener el asedio, sino también defenderse de estos nuevos enemigos.

Para protegerse, los romanos construyeron una nueva línea de fortificaciones alrededor de su campamento. No solo querían encerrar a Veyes, sino también defenderse de los ataques que llegaban desde afuera. Ahora, los soldados romanos estaban atrapados entre dos frentes: un enemigo dentro y otro fuera.

Las batallas eran constantes. De día y de noche, pequeños grupos de soldados de Veyes salían de la ciudad para atacar a los romanos por sorpresa. A veces, los aliados de Veyes intentaban romper el bloqueo desde el exterior. Cada vez que Roma creía que estaba ganando terreno, un nuevo ataque los hacía retroceder.

A pesar del esfuerzo romano, Veyes no caía. Sus murallas seguían resistiendo y sus defensores no se rendían. Parecía que la ciudad encontraba siempre una forma de sobrevivir. Algunos rumores decían que había túneles secretos por donde llegaban provisiones. Otros creían que los dioses protegían a Veyes y que ningún ejército humano podría tomar la ciudad.

Mientras tanto, en Roma, la paciencia se estaba agotando. El asedio de Veyes duraba ya muchos años y la gente empezaba a preguntarse si valía la pena seguir luchando. La guerra costaba mucho dinero y recursos. Cada año, Roma debía pagar a sus soldados, mantener el suministro de alimentos y reforzar sus defensas. Y todo esto sin obtener una victoria clara.

Pero el problema no era solo económico. También había dificultades dentro del ejército. Cada año, Roma elegía nuevos comandantes, como era la tradición. Pero esto significaba que la estrategia cambiaba constantemente. Un líder tomaba una decisión, y al año siguiente, otro líder tenía una idea diferente. No había continuidad. No había un plan claro.

En el Senado, las discusiones eran intensas. Algunos decían que Roma debía retirarse y aceptar que Veyes no podía ser conquistada. Otros, más ambiciosos, creían que era solo cuestión de tiempo y que rendirse sería un error. Pero mientras debatían, la guerra seguía sin avances.

Después de casi diez años de asedio, Roma llegó a un punto crítico.

El Senado comprendió que el mando tradicional no estaba funcionando. En una guerra normal, los tribunos militares compartían el liderazgo y cambiaban cada año. Pero este asedio era diferente: una campaña larga, compleja y sin precedentes. La falta de continuidad y de una estrategia unificada había permitido que Veyes resistiera por tanto tiempo.

Roma necesitaba un solo comandante con poder absoluto para dirigir la guerra hasta su conclusión. Por eso, el Senado tomó una decisión clara: nombrar un dictador.

El elegido fue Marco Furio Camilo.

Camilo no fue elegido por casualidad. Había demostrado creatividad táctica en campañas anteriores y se había ganado el respeto tanto de los soldados como de los líderes políticos.

Su profundo respeto por los rituales religiosos tranquilizaba a quienes temían que los dioses estuvieran en contra de Roma. Además, ya conocía bien la situación en Veyes, pues había servido allí como tribuno militar en los primeros años del asedio.

Con su nombramiento, Roma apostaba todo en una nueva estrategia. Por primera vez en la guerra, había un solo líder con autoridad total. Y Camilo estaba listo para terminar el conflicto de una vez por todas.

El plan de Camilo

Camilo no perdió tiempo. Tan pronto como asumió el mando, reorganizó el ejército y restableció la disciplina. Cada soldado tenía su función clara, cada campamento estaba mejor fortificado, y cada movimiento era planeado con precisión. Pero más que nada, Camilo quería entender por qué Veyes había resistido durante tanto tiempo.

Estudió los fracasos anteriores y examinó las defensas de la ciudad. Veyes era una fortaleza imponente, construida sobre una colina con murallas fuertes y bien protegidas. Un ataque directo no funcionaría. Ninguna escalera, ariete o asedio tradicional había sido suficiente. Si Roma quería ganar, debía cambiar su estrategia por completo.

Camilo ideó un plan audaz: en lugar de atacar las murallas, los romanos entrarían por debajo.

Roma construiría un túnel secreto, excavado en silencio bajo la ciudad, que llevaría directamente al corazón de Veyes: el Templo de Juno, situado en la acrópolis. Si lograban emerger allí, podrían tomar la ciudad desde dentro.

Era una misión difícil y con muchos riesgos. Cavar un túnel tan largo sin ser descubiertos requería habilidad, planificación y mucho esfuerzo. Debía ser lo suficientemente resistente para que los soldados pudieran moverse dentro sin que colapsara. Y, sobre todo, tenía que permanecer en secreto hasta el último momento.

Para distraer a los veyenses, Camilo ordenó ataques falsos en distintos puntos de la muralla. Pequeños grupos de soldados simulaban intentos de asalto, probaban la resistencia de los defensores y los mantenían en constante alerta. Mientras tanto, en lo más profundo de la tierra, los romanos cavaban, avanzando poco a poco hacia la ciudad.

Finalmente, tras meses de excavación, el túnel quedó listo y Roma se preparó para su asalto final y devastador.

Siguiendo el plan de Camilo, el ataque comenzó con una gran ofensiva en la superficie. Desde varios puntos, los soldados romanos cargaron contra las murallas de Veyes con arietes y escalas. Los defensores corrieron a sus posiciones, preparándose para una lucha desesperada.

Pero este ataque era solo una distracción.

En ese mismo momento, dentro de la ciudad, el suelo del Templo de Juno se rompió. Desde la oscuridad del túnel, soldados de élite romanos emergieron dentro de la acrópolis. Los defensores, sorprendidos y desorientados, no pudieron reaccionar a tiempo. En pocos minutos, los romanos tomaron el templo y avanzaron por las calles de la ciudad. Corrieron hasta la puerta principal, la abrieron desde dentro y dejaron entrar al resto del ejército romano.

Lo que siguió fue una lucha feroz. Por años, Veyes había resistido el asedio, pero ahora el enemigo estaba dentro. Las calles se convirtieron en campos de batalla, las casas en fortalezas improvisadas. Los veientes pelearon con desesperación, pero estaban rodeados. Sus murallas ya no servían de nada.

Roma había logrado lo imposible.

Después de una década de guerra, Veyes había caído.

La caída de Veyes

Después de diez años de guerra, Roma había logrado lo imposible. Veyes, su rival más poderoso, había caído. La ciudad fue completamente tomada, y su población enfrentó un destino brutal. Muchos hombres fueron ejecutados, mientras que mujeres y niños fueron vendidos como esclavos. Los templos y casas fueron saqueados, y la riqueza de Veyes pasó a manos romanas.

Uno de los momentos más simbólicos fue el traslado de la estatua del templo de Juno a Roma. Para los romanos, este acto no solo representaba la victoria militar, sino también que incluso los dioses habían abandonado Veyes y habían elegido a Roma.

Pero la conquista no solo significó riqueza. También dobló el territorio de Roma. Las vastas tierras de Veyes fueron anexadas por completo, dando a la ciudad más recursos, más tierras para los ciudadanos y una nueva presencia en Etruria.

Camilo, el hombre que había traído la victoria, regresó a Roma como un héroe. Se preparó para su triunfo, la celebración más grande que un general podía recibir. Pero incluso en su momento de gloria, surgieron problemas.

Camilo entró en Roma en un carro tirado por caballos blancos. Para los romanos, esto era un problema. Un carro con caballos blancos era especial, reservado para Júpiter, el rey de los dioses. Los romanos tenían miedo de cualquier líder que pareciera un rey. En el episodio anterior, vimos cómo Espurio Malio, un rico plebeyo, fue asesinado porque creían que quería ser rey.

Pero eso no fue todo. Camilo prometió dar parte de las riquezas de Veyes a Apolo, pero lo dijo después de que los soldados ya habían tomado su botín. Para cumplir la promesa, el Senado pidió a los ciudadanos que devolvieran parte de su riqueza, lo que causó mucho descontento. Además, Camilo se opuso a repartir las tierras de Veyes entre los plebeyos, lo que aumentó aún más su impopularidad. La tensión creció y lo acusaron de quedarse con parte del tesoro. Al final, para evitar un juicio, el héroe de guerra decidió exiliarse voluntariamente y dejó Roma.

La historia de Camilo no terminaría allí. Unos años más tarde, Roma estaría al borde del desastre, y solo un hombre podría salvarla. Pero eso es para otro episodio.

Conclusion

La caída de Veyes fue un punto de inflexión en la historia de Roma. Fue la primera vez que la ciudad conquistó un enemigo grande y lo anexó completamente. En el futuro, Roma usaría este modelo una y otra vez: guerra, conquista, anexión.

La guerra también cambió la manera en que Roma luchaba. El pago a los soldados, el *stipendium*, fue el primer paso hacia un ejército más profesional. La guerra de asedio y la importancia de un liderazgo unificado marcaron la estrategia romana en futuras campañas.

Pero sobre todo, la victoria sobre Veyes convirtió a Roma en la potencia dominante del valle del Tíber. Con más tierras, más riquezas y más poder, ahora la ciudad estaba lista para enfrentar nuevos desafíos.

Sin embargo, este crecimiento traería consigo nuevos enemigos. Roma se había hecho fuerte... y otros pueblos lo estaban notando. Muy pronto, un gran peligro llegaría desde el norte. Eran los galos, un pueblo guerrero que avanzaba con furia. No solo querían invadir la ciudad... estaban a punto de darle a Roma la peor derrota de su historia.

Nos vemos en el próximo episodio.